

EL MISTERIO DEL
PROFESOR DE INVIERNO

EL MISTERIO DEL PROFESOR DE INVIERNO



ÍNDICE

La llegada del invierno	3
Un aula helada.....	5
Las pistas ocultas	9
Una noche en el colegio.....	12
Capítulo 5: Secretos enterrados.....	16
Enfrentando al profesor	20
Capítulo 7: La noche de Navidad	24
Capítulo 8: El legado del tiempo	29

La llegada del invierno



El colegio San Nicolás, un imponente edificio de estilo neoclásico en el corazón de Madrid, era conocido por sus tradiciones navideñas. Cada diciembre, los estudiantes llenaban los pasillos con adornos, y el patio central se transformaba con un enorme árbol decorado con luces y guirnaldas brillantes. Este año, sin embargo, algo parecía diferente.

La primera señal fue la llegada inesperada de un nuevo profesor de Historia. Sebastián Calderón fue presentado una fría mañana por el director en el salón de actos. Los estudiantes, reunidos en las bancas de madera, escucharon al director explicar que la profesora titular había tenido que ausentarse por motivos personales. Calderón cubriría sus clases durante las semanas previas a las vacaciones.

Desde el momento en que subió al escenario, Calderón atrajo la atención de todos. Era un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, con un abrigo gris oscuro que parecía haber sido confeccionado hace décadas. Su rostro anguloso y pálido contrastaba con unos ojos que parecían mirar más allá de las personas, como si evaluaran algo que solo él podía ver.

—Espero que podamos aprender mucho juntos en este tiempo —dijo con voz profunda, casi hipnótica, mientras una leve sonrisa apenas curvaba sus labios.

Ana, sentada en la tercera fila, observó al profesor con atención. Desde pequeña, siempre había sentido una fascinación por las personas enigmáticas, y Calderón encajaba perfectamente en esa categoría. Había algo en él que no podía explicar.

Durante su primera clase, Calderón les habló de las causas y consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Ana no fue la lección, sino la forma en que la impartía. Mientras describía los eventos, parecía sumergirse en ellos, como si estuviera relatando algo que había visto con sus propios ojos.

—La guerra no solo se lucha en el campo de batalla —dijo mientras dibujaba un mapa en la pizarra—. También se libra en los corazones de quienes la sobreviven.

Ana notó que la clase estaba en completo silencio. Incluso Lucas, que siempre encontraba la forma de distraerse, estaba completamente absorto. Cuando la campana sonó, Calderón recogió sus cosas rápidamente y salió del aula antes que los alumnos, algo que los profesores rara vez hacían.

—Este tío es raro —comentó Lucas mientras salían al recreo. —Raro no, misterioso —corrigió Ana, con los ojos brillando de curiosidad—. Creo que hay algo más en él.

Durante el recreo, mientras el aire frío de diciembre llenaba el patio, Ana no podía dejar de mirar hacia las ventanas del segundo piso, donde estaba el aula de Historia. Desde allí, vio la figura de Calderón. Parecía estar observándolos, pero cuando fijó la vista, él ya no estaba.

Por la tarde, el colegio se llenó de villancicos y el sonido de los ensayos para el festival navideño. Sin embargo, la atmósfera no era del todo festiva para Ana. Había algo inquietante en la forma en que Calderón había hablado de la guerra, como si conociera sus horrores de manera personal.

Esa noche, mientras hacía su tarea en su habitación, Ana recordó un detalle que no había notado en el momento: durante la clase, cuando Calderón escribió en la pizarra, su caligrafía era perfecta, pero parecía demasiado antigua, como si hubiera salido de un manuscrito de otra época.

Por primera vez, Ana sintió que el espíritu navideño del colegio San Nicolás podría estar ocultando algo más oscuro. Sebastián Calderón no era solo un profesor sustituto.

Un aula helada

seguía su curso entre exámenes finales y los preparativos para la gran fiesta navideña. A pesar de ello, Ana no podía dejar de pensar en el nuevo profesor de Historia, Sebastián Calderón. Había algo en su manera de enseñar, en sus palabras y su m



rada, que la inquietaba profundamente.

Esa mañana, al entrar al aula de tercero de ESO, los estudiantes se detuvieron en seco. El ambiente era anormalmente frío, mucho más que los pasillos o cualquier otro rincón

del colegio. Aunque las ventanas estaban cerradas, la sensación era como si el invierno hubiera invadido la sala.

Lucas fue el primero en romper el silencio: —¿Quién dejó la calefacción apagada? ¡Esto parece un congelador!

Clara se acercó a uno de los pupitres y pasó la mano por la superficie. Una fina capa de escarcha cubría la madera, algo imposible considerando que la calefacción del colegio funcionaba correctamente en el resto de las aulas. Ana, con el ceño fruncido, observó todo con atención. Algo no estaba bien.

Fue entonces cuando notaron algo más extraño: sobre el escritorio del profesor había una hoja de papel amarillenta, doblada con cuidado. Clara la tomó, y al abrirla, los tres se inclinaron para leer el mensaje escrito en una caligrafía elegante pero antigua:

"El pasado siempre regresa para ajustar cuentas."

—¿Qué demonios significa esto? —preguntó Lucas, mirando a sus amigas.
—¿Una broma? —aventuró Clara, aunque su voz sonaba insegura.
—Esto no es una broma —respondió Ana en un susurro, señalando la caligrafía—. Esto no parece algo que un estudiante haya escrito.

La llegada de Calderón al aula interrumpió su discusión. Entró con su característico abrigo gris oscuro y sus pasos medidos, como si no le molestara el frío que los estudiantes aún sentían. Sin prestar atención al ambiente helado, se quitó los guantes y comenzó la clase como si nada hubiera pasado.

Ana intentó leer su expresión, pero su rostro permanecía imperturbable. Calderón empezó a hablar sobre los conflictos internos que precedieron la Guerra Civil Española, describiendo las traiciones y alianzas que habían marcado la historia del país.

—La historia no es solo fechas y nombres —dijo mientras dibujaba un diagrama en la pizarra—. Es un tejido de decisiones, muchas veces marcadas por el miedo, la codicia o la ambición.

Ana levantó la mano.
—Profesor, ¿y qué pasa con las traiciones? ¿Siempre encuentran una forma de salir a la luz?

Por primera vez, Calderón titubeó. Sus ojos grises se clavaron en los de Ana, y por un breve momento, pareció sorprendido por la pregunta. Luego respondió con voz más baja:

—El tiempo tiene una forma curiosa de revelar las verdades que intentamos enterrar.

La clase continuó sin incidentes, pero Ana notó que Calderón evitaba mirarla directamente después de su respuesta. Al finalizar, salió del aula antes que los estudiantes, como ya era costumbre. Ana, Clara y Lucas aprovecharon para hablar en privado.

—No es normal, ¿verdad? —dijo Clara, cruzando los brazos para intentar entrar en calor.
—No, no lo es —respondió Ana, pensativa—. Primero su forma de hablar, luego el frío en esta sala y ahora esa nota. Todo está relacionado con Calderón, estoy segura.

Lucas miró hacia el escritorio del profesor.
—¿Crees que él la dejó? ¿O alguien intenta decirnos algo sobre él?

Ana no respondió, pero una idea comenzaba a tomar forma en su mente. Calderón no era un simple sustituto, y lo que estaba ocurriendo no podía ser una simple coincidencia. Tenía que haber algo en su pasado que explicara las extrañas coincidencias que los rodeaban.

Cuando salieron al recreo, el aula comenzó a calentarse de nuevo, como si nada hubiera pasado. Pero la nota permaneció en la mente de Ana todo el día, como un eco persistente.

Esa noche, mientras intentaba concentrarse en sus estudios, Ana tomó su teléfono y buscó información sobre Calderón. Sin embargo, no encontró nada relevante. Ni redes sociales, ni referencias a un Sebastián Calderón como profesor de Historia. Era como si no existiera fuera del colegio.

Clara, siempre meticulosa, se inclinó sobre el libro que Ana hojeaba. En una de las páginas, encontraron algo similar al diseño del anillo. Según el texto, era un emblema asociado a una sociedad secreta llamada "La Hermandad del Invierno", un grupo que había existido en Europa a principios del siglo XX. Aunque poco se sabía sobre ellos, los rumores los vinculaban con experimentos sobre el tiempo y la inmortalidad.

—Esto no puede ser real —dijo Lucas, aunque su tono era menos escéptico de lo habitual.

—Espera, hay más —interrumpió Ana, señalando el texto—. Dice que la Hermandad desapareció en circunstancias misteriosas hace casi 100 años.

El hallazgo los dejó pensativos. La conexión con Calderón aún era tenue, pero no podían ignorar la coincidencia.

El libro antiguo

Esa misma tarde, Ana decidió quedarse un poco más en la biblioteca para buscar más pistas. Mientras Clara y Lucas se dirigían al aula de música, Ana comenzó a explorar una sección de libros viejos que no solía visitar.

Las pistas ocultas



Tras el incidente del aula helada y la nota misteriosa, Ana no pudo evitar sentir que Sebastián Calderón no era un simple profesor sustituto. Había algo extraño en su forma de hablar, en los detalles que compartía en clase y, sobre todo, en la atmósfera que parecía rodearlo. Las palabras de la nota —"El pasado siempre regresa para ajustar cuentas"— seguían resonando en su mente, como un enigma que necesitaba resolver.

Un descubrimiento casual

En la clase de H

historia del jueves, mientras Calderón explicaba los movimientos revolucionarios del siglo XIX, Ana notó algo que la desconcertó. En la mano derecha del profesor brillaba un anillo de plata con un diseño peculiar: una estrella rodeada por ramas de laurel. Aunque

parecía un detalle menor, había algo en el anillo que capturó su atención. No era un accesorio moderno; el diseño parecía antiguo, como si perteneciera a otra época.

Al finalizar la clase, Ana no pudo evitar mencionarlo a sus amigos Lucas y Clara durante el recreo.

—¿Os habéis fijado en el anillo de Calderón? —preguntó mientras mordisqueaba un bocadillo.

—¿Qué anillo? —respondió Lucas, distraído.

—Tiene un diseño raro. Una estrella con ramas, como de laurel. Creo que podría significar algo.

Clara, siempre curiosa, decidió tomarlo en serio.

—Podríamos buscarlo en la biblioteca. Seguro que en los libros de historia o símbolos antiguos hay algo sobre eso.

La búsqueda en la biblioteca

Esa misma tarde, los tres amigos se dirigieron a la biblioteca. La sección de historia del colegio era una de las más completas, con estanterías llenas de libros polvorientos y enciclopedias que casi nadie consultaba. Clara encontró un libro titulado “Símbolos y emblemas de la historia europea”. Mientras pasaban las páginas, encontraron una ilustración que les resultó inquietantemente familiar.

El anillo de Calderón aparecía representado junto a un texto que hablaba de "La Hermandad del Invierno", una sociedad secreta activa en Europa a principios del siglo XX. Según el libro, sus miembros eran conocidos por su obsesión con el tiempo y sus intentos de controlarlo a través de rituales y estudios ocultos. Aunque poco se sabía de ellos, los rumores indicaban que habían desaparecido misteriosamente hace casi cien años.

—Esto no puede ser casualidad —dijo Ana, con los ojos fijos en la página.

—¿Estás diciendo que nuestro profesor es miembro de una sociedad secreta? —preguntó Lucas, sarcástico, aunque menos escéptico de lo habitual.

—No lo sé, pero el anillo que lleva es idéntico. Y si esto es verdad, Calderón tiene algún tipo de conexión con ellos.

Clara encontró otra pista en el texto: la Hermandad tenía un vínculo con ciertos lugares en Europa, y algunos de sus miembros usaban como refugio antiguos colegios o monasterios. El San Nicolás, con su arquitectura centenaria y sus rincones secretos, parecía encajar perfectamente en esa descripción.

El hallazgo del libro de Calderón

Mientras Clara y Lucas hojeaban más libros, Ana decidió explorar una esquina poco frecuentada de la biblioteca. Allí, en la estantería más baja, encontró un volumen

delgado y polvoriento. El título estaba casi borrado, pero al abrirlo, algo la dejó sin palabras: la portada tenía escrito el nombre “Sebastián Calderón” con una caligrafía elegante.

—¡Mirad esto! —dijo, llamando a sus amigos.

El libro no era un texto normal. Sus páginas estaban llenas de anotaciones manuscritas, diagramas de relojes antiguos y frases en varios idiomas, algunas de ellas incompletas o tachadas. Pero lo más desconcertante eran ciertos pasajes que hablaban de una traición ocurrida en el pasado y que mencionaban un lugar específico: el colegio San Nicolás.

—Esto ya es demasiado raro —dijo Clara, hojeando el libro con cautela.
—Si esto es suyo, entonces Calderón tiene una conexión directa con el colegio y con algo que ocurrió hace mucho tiempo —añadió Ana, sintiendo que estaba cada vez más cerca de descubrir algo importante.

Una página arrancada

Mientras Lucas revisaba las últimas páginas del libro, notó que una de ellas había sido arrancada. El borde del papel desgarrado era fresco, como si alguien la hubiera quitado recientemente.

—¿Y si Calderón sabe que estamos buscando algo? —preguntó Lucas, un escalofrío recorriéndole la espalda.
—No lo sé, pero esto significa que estamos tocando algo importante —respondió Ana, cerrando el libro con cuidado.

El trío decidió llevar el libro a la sala de estudios para examinarlo más a fondo, pero cuando regresaron a la estantería para buscar más pistas, la biblioteca se quedó en completo silencio. Las luces parpadearon ligeramente, y una corriente de aire helado pasó por la sala, haciendo que los tres se miraran con nerviosismo.

—¿Habéis notado que siempre hace frío cuando pasa algo raro? —dijo Clara, abrazándose.
—Sí... como en el aula el otro día —susurró Ana.

El misterio de Calderón se hacía cada vez más profundo. Con el libro como su primera gran pista, los amigos sabían que debían seguir investigando, pero también empezaron a comprender que estaban adentrándose en algo mucho más grande de lo que habían imaginado. Una noche en el colegio

Una noche en el colegio



Las piezas del misterio empezaban a encajar, pero cada respuesta planteaba más preguntas. El hallazgo del libro con el nombre de Sebastián Calderón y las referencias a la Hermandad del Invierno habían dejado a Ana, Lucas y Clara con la certeza de que algo extraño ocurría en el colegio. Sin embargo, aún no tenían pruebas concluyentes ni una idea clara de qué debía ser su próximo paso. Fue entonces cuando encontraron el mapa dibujado en una de las páginas del libro.

El mapa mostraba una planta del colegio San Nicolás, pero había algo inusual: un espacio marcado con una estrella en el salón de actos, detrás del escenario. Ninguno de ellos recordaba haber visto algo destacable en ese lugar. La única manera de averiguarlo era ir allí, pero el colegio siempre estaba lleno de gente. Ana tuvo una idea.

—Tendremos que quedarnos después de clases. Cuando todo el mundo se vaya, exploraremos.

Preparando la expedición nocturna

El día siguiente fue una prueba de paciencia. Las clases parecían interminables, y cada sonido de las campanas anunciando el cambio de horario hacía que Ana revisara el reloj. Lucas y Clara estaban nerviosos; aunque a Lucas le encantaban las aventuras, la idea de quedarse en el colegio después de que cerrara no era su plan favorito.

Cuando finalmente terminó el día, los tres amigos se escondieron en el aula de música, esperando a que el conserje realizara su ronda final. El colegio, que normalmente bullía de actividad, quedó en completo silencio. La única luz provenía de los faroles del patio, que proyectaban sombras inquietantes en las paredes de los pasillos.

—¿Estás segura de que esto es una buena idea? —susurró Lucas mientras se dirigían al salón de actos.

—No, pero quiero respuestas —respondió Ana con firmeza.

El salón de actos

El salón de actos era un lugar imponente incluso de día. Las grandes cortinas rojas, las filas de sillas de madera y el techo alto con frescos antiguos le daban un aire solemne. De noche, sin embargo, se transformaba en algo casi intimidante.

Los tres amigos avanzaron hacia el escenario, iluminando con las linternas del móvil. Detrás de la pesada cortina de terciopelo encontraron lo que estaban buscando: una puerta metálica camuflada en la pared, casi invisible a simple vista.

—Esto no estaba aquí antes, ¿verdad? —preguntó Clara, con los ojos muy abiertos.

—Si estaba, nadie lo sabía. Parece que lo ocultaron a propósito —respondió Ana.

Lucas examinó la puerta y notó que la cerradura no era particularmente resistente. Con una horquilla que Clara le pasó, logró abrirla después de unos minutos.

El descubrimiento

La puerta se abrió con un chirrido, revelando una pequeña habitación oculta detrás del escenario. Dentro, los amigos encontraron algo que jamás habrían imaginado: una sala llena de objetos antiguos. Había mapas del colegio marcados con anotaciones, libros polvorientos con títulos ilegibles, y varias cajas de madera cerradas con candados. En las paredes, colgaban retratos en blanco y negro de personas que ninguno de ellos reconocía, pero cuyas miradas parecían seguirlos en la penumbra.

En el centro de la sala había una mesa con varios documentos extendidos. Uno de ellos mostraba el mismo símbolo del anillo de Calderón: la estrella rodeada de ramas de laurel.

—Esto es... impresionante —susurró Clara, maravillada y asustada al mismo tiempo.
—Es como si esta sala hubiera quedado congelada en el tiempo —añadió Lucas, pasando la mano por uno de los mapas.

Ana se acercó a la mesa y examinó los papeles. Había diagramas de relojes antiguos, referencias a fechas históricas y, lo más inquietante, una lista de nombres. Entre ellos estaba el de Sebastián Calderón, junto con varias fechas, todas coincidiendo con el final de algún ciclo histórico importante.

—Mira esto —dijo Ana, señalando una fecha subrayada: 9 de diciembre de 1924.
—Es... justo 100 años antes de hoy —dijo Lucas, con un escalofrío recorriéndole la espalda.

Mientras seguían revisando, encontraron un viejo diario con páginas llenas de notas apresuradas. Una entrada en particular llamó la atención de Ana:

"El ciclo debe completarse. San Nicolás es el epicentro. Si falla, el equilibrio se romperá."

Ana leyó las palabras en voz alta, sintiendo que cada una pesaba más que la anterior.

—¿Qué ciclo? ¿Qué equilibrio? —preguntó Clara, con el corazón acelerado.
—No lo sé, pero parece que este lugar es más importante de lo que pensábamos —respondió Ana.

Una presencia inquietante

Mientras revisaban los documentos, algo cambió en el ambiente. La temperatura de la sala bajó de repente, y un leve zumbido comenzó a escucharse en el aire. Las luces de sus móviles parpadearon, y las sombras de la habitación parecieron moverse.

—¿Habéis sentido eso? —preguntó Lucas, retrocediendo un paso.
—Sí. No estamos solos —dijo Ana, mirando alrededor con la linterna.

En ese momento, un sonido seco, como de pasos sobre madera, resonó en el salón de actos. Los amigos intercambiaron miradas de pánico y apagaron las luces de sus móviles. A través de una rendija de la puerta, vieron una figura que cruzaba lentamente el escenario: era Sebastián Calderón.

El profesor parecía estar hablando solo, aunque sus palabras eran apenas audibles. Ana intentó escuchar, pero solo alcanzó a distinguir una frase antes de que él desapareciera entre las sombras:
—El tiempo no perdona, y tampoco yo.

Los amigos esperaron varios minutos antes de atreverse a salir de la sala oculta. Aunque habían encontrado muchas pistas, sentían que el misterio se hacía más grande y

peligroso. La presencia de Calderón en el lugar y sus palabras enigmáticas confirmaban que estaba directamente relacionado con todo lo que estaba ocurriendo en el colegio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lucas mientras salían sigilosamente del salón de actos.

—Seguimos adelante. Esto apenas comienza —respondió Ana, apretando los documentos que había tomado como si fueran la llave para resolverlo todo.

Esa noche, al llegar a casa, Ana no podía dejar de pensar en las palabras de Calderón y en la sala oculta. El colegio San Nicolás escondía secretos que habían permanecido enterrados durante décadas, pero ahora era su turno de desenterrarlos, sin importar las consecuencias.

Capítulo 5: Secretos enterrados



Después de la noche en el colegio, Ana, Lucas y Clara no podían dejar de pensar en lo que habían descubierto. La sala secreta, los documentos antiguos y las enigmáticas palabras de Calderón parecían piezas de un rompecabezas que se volvía más complejo con cada paso. Sin embargo, una cosa estaba clara: el mapa que encontraron en la sala, con una estrella marcada en el patio trasero del colegio, era su próxima pista.

El plan era claro: investigar el patio durante la hora de almuerzo. Aunque el lugar era un espacio habitual para los estudiantes, la estrella marcada en el mapa indicaba un rincón poco frecuentado, cerca de una vieja estatua de San Nicolás, que casi nadie notaba entre los árboles y los arbustos.

El patio trasero

El patio trasero del colegio era un lugar amplio, rodeado por muros de ladrillo y cubierto de grava. En una esquina, donde casi nunca se organizaban actividades, se encontraba la estatua de San Nicolás. Era pequeña y desgastada, con el rostro del santo apenas distinguible tras décadas de exposición al clima madrileño. Ana, Lucas y Clara se reunieron allí con la esperanza de encontrar algo significativo.

—El mapa lo marcaba justo aquí —dijo Ana, sacando una copia que había hecho del dibujo original. Señaló la base de la estatua—. Si hay algo enterrado, debe estar bajo esta estatua o cerca de ella.

Lucas, que había traído una pequeña pala escondida en su mochila, comenzó a cavar cerca de la base mientras Clara y Ana vigilaban los alrededores. Era una tarea arriesgada, ya que cualquier profesor o el conserje podría aparecer en cualquier momento.

—¿Por qué siempre soy yo el que cava? —se quejó Lucas, mientras apartaba tierra y piedras.

—Porque eres el más fuerte de los tres —respondió Clara con una sonrisa, aunque claramente nerviosa.

Después de unos minutos, Lucas golpeó algo sólido con la pala. Los tres contuvieron la respiración mientras quitaban más tierra. Finalmente, desenterraron una caja metálica, vieja y cubierta de óxido.

—Esto tiene pinta de ser muy antiguo —murmuró Clara, pasando la mano por la superficie de la caja.

La caja metálica

La caja estaba cerrada con un candado, pero estaba tan corroído que Lucas pudo forzarlo fácilmente con la pala. Al abrirla, encontraron una serie de objetos que parecían haber estado guardados durante casi un siglo. Había fotografías en blanco y negro, cartas escritas a mano y un pequeño cuaderno con páginas gastadas.

Ana tomó las fotografías y comenzó a examinarlas. Había imágenes de personas posando frente al colegio, pero lo que les heló la sangre fue reconocer un rostro familiar: Sebastián Calderón, vestido con ropa de principios del siglo XX.

—Esto... no tiene sentido —susurró Ana, incapaz de apartar la vista de la foto.

—Pero si Calderón es nuestro profesor, ¿cómo puede estar en una foto de hace tanto tiempo? —preguntó Clara, sorprendida.

—Quizás no sea su abuelo ni un antepasado. Quizás sea él.

Las cartas contenidas en la caja estaban escritas con una caligrafía antigua y elegante, pero algunas eran difíciles de leer debido al paso del tiempo. Ana leyó en voz alta uno de los fragmentos:

"El sacrificio ha sido necesario para proteger el secreto. Aquellos que traicionaron a la Hermandad ahora están malditos por el tiempo mismo."

Otro fragmento de una carta mencionaba algo aún más perturbador:

"San Nicolás es el guardián del ciclo. Todo empieza y termina en su sombra. El pasado no puede ser olvidado, o el equilibrio se romperá."

El pequeño cuaderno contenía un registro más personal. Parecía ser un diario de uno de los miembros de la Hermandad del Invierno. Una de las últimas páginas estaba firmada con las iniciales S.C.

—Esto es demasiado —dijo Lucas, cerrando la caja de golpe—. Calderón no puede ser un hombre normal. Tiene que estar relacionado con esta Hermandad, y si estas cartas son ciertas, puede que esté atrapado en algún tipo de... bucle o maldición.

El retorno al aula

Decidieron llevar los documentos más pequeños al aula para revisarlos con más detalle. Ocultaron la caja en un rincón detrás de unos arbustos y regresaron al colegio justo a tiempo antes de que terminara el almuerzo. Durante las clases de la tarde, Ana apenas podía concentrarse. Todo lo que habían encontrado apuntaba a algo que escapaba a la lógica: un misterio relacionado con el tiempo, traiciones del pasado, y un profesor que parecía estar en el centro de todo.

En clase de Historia, Calderón notó la distracción de Ana. Por primera vez, se dirigió a ella directamente.

—¿Algo interesante, Ana? —preguntó, con un tono que mezclaba curiosidad y una leve advertencia.

Ana se sintió atrapada, pero respondió con calma: —Solo pensaba en cómo la historia a veces se repite de maneras curiosas, profesor.

Por un momento, Calderón pareció sorprendido, pero luego le dedicó una leve sonrisa, como si supiera exactamente en qué estaba pensando.

El mensaje oculto

Esa tarde, después de clases, Ana, Lucas y Clara se reunieron para revisar los documentos. En una de las cartas encontraron algo que los hizo estremecerse. Escondido en una esquina del papel, escrito en letras pequeñas, había un mensaje casi imperceptible:

"El ciclo se repite cada 100 años. No rompas el equilibrio, o el tiempo reclamará lo que es suyo."

—¿Y si estamos metiéndonos en algo que no deberíamos? —preguntó Clara, con un nudo en la garganta.

—No podemos parar ahora. Calderón sabe algo, y creo que él es la clave para entender todo esto —respondió Ana.

Lucas asintió, aunque su rostro mostraba dudas.

—Pero si tiene que ver con el tiempo... ¿qué pasa si desatamos algo que no podemos controlar?

Ana cerró los ojos por un momento, reflexionando. Sabía que estaban en terreno peligroso, pero también que ya no podían retroceder. La figura de Calderón seguía siendo un enigma, pero las cartas, las fotos y el diario habían confirmado una cosa: el colegio San Nicolás guardaba un secreto enterrado en su historia, y ese secreto estaba a punto de resurgir.

La próxima vez que vieran al profesor, Ana estaba decidida a enfrentarlo.

Enfrentando al profesor



La mañana del lunes llegó con un aire más frío de lo habitual, como si el colegio San Nicolás compartiera la tensión que sentían Ana, Lucas y Clara. Habían pasado el fin de semana repasando las cartas, las fotografías y el diario encontrados en la caja metálica. Todo apuntaba a una verdad innegable: Sebastián Calderón no era un simple profesor sustituto. Sus vínculos con la Hermandad del Invierno y los eventos ocurridos hacía un siglo sugerían algo mucho más inquietante.

Decidieron enfrentarlo, aunque ninguno sabía exactamente cómo abordar la situación. ¿Qué le preguntarían? ¿Cómo reaccionaría él? Lo único claro era que no podían esperar más.

Preparativos

Durante el recreo, los tres amigos se reunieron en el aula vacía de música para ultimar los detalles. Ana llevaba consigo las cartas más relevantes y una de las fotografías en las que Calderón aparecía, idéntico a como lucía ahora.

—¿Y si simplemente niega todo? —preguntó Lucas, nervioso, tamborileando los dedos sobre un pupitre.

—No lo hará. Creo que Calderón sabe que estamos investigando, y está esperando que lo enfrentemos —respondió Ana, apretando la fotografía entre sus dedos.

—¿Y si se enfada? ¿O si nos metemos en problemas con el director? —añadió Clara, aunque su tono dejaba entrever que, al igual que Ana, estaba decidida a seguir adelante.

Ana respiró hondo y se levantó.

—No hay vuelta atrás. Si no lo hacemos ahora, nunca entenderemos qué está pasando en este colegio.

El encuentro en el aula

Esperaron a que terminara la última clase del día para acercarse al aula de Historia. Calderón solía quedarse allí un rato después de las clases, revisando papeles o simplemente mirando por la ventana, como si buscara algo en el horizonte.

Cuando entraron, él estaba sentado en su escritorio, con el mismo abrigo gris oscuro que parecía formar parte de su identidad. Ni siquiera levantó la mirada cuando los vio entrar; simplemente continuó escribiendo en un cuaderno de cuero marrón.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó finalmente, sin apartar la vista de sus notas.

Ana avanzó hasta el escritorio y dejó la fotografía sobre la mesa, junto con una de las cartas que habían encontrado. Calderón levantó la cabeza lentamente, sus ojos grises clavándose en los de Ana. Por un instante, el silencio en el aula fue absoluto.

—Sabemos quién eres, o al menos quién eras —dijo Ana, con firmeza.

Calderón observó la fotografía durante unos segundos y luego la carta. Su rostro permaneció inexpresivo, pero Ana notó un leve movimiento en su mandíbula, como si apretara los dientes. Finalmente, cerró el cuaderno y se recostó en su silla.

—Habéis estado ocupados —dijo en un tono neutral, pero su voz tenía un matiz que mezclaba curiosidad y resignación.

—¿Es cierto todo esto? —preguntó Clara, señalando las cartas—. ¿La Hermandad del Invierno? ¿La maldición? ¿El ciclo?

Calderón suspiró y se levantó. Caminó hasta la ventana y, con las manos detrás de la espalda, miró hacia el patio, donde la estatua de San Nicolás se perfilaba contra el cielo gris.

—La historia tiene formas extrañas de repetirse —comenzó, sin volverse hacia ellos—. A veces, el pasado se aferra a nosotros, incluso cuando creemos haber escapado.

Lucas cruzó los brazos, intentando ocultar su nerviosismo.
—Eso no responde a nuestra pregunta. ¿Eres tú el mismo hombre que aparece en esa foto?

Calderón se giró lentamente. Por primera vez, una leve sonrisa cruzó su rostro, pero no era una sonrisa cálida; era más bien melancólica.
—Soy el hombre que aparece en esa foto, pero no en el sentido que imagináis. No soy inmortal, si eso es lo que pensáis. Soy... prisionero.

Ana sintió un escalofrío al escuchar esa palabra.
—¿Prisionero? ¿De qué?

Calderón volvió a sentarse en su escritorio y apoyó las manos sobre los documentos.
—Hace cien años, la Hermandad del Invierno intentó lo que ningún hombre debería intentar: jugar con el tiempo. Creíamos que podíamos controlarlo, manipularlo, e incluso detenerlo. Pero el tiempo no es una herramienta, ni un juguete. Es un juez, uno que no tolera la arrogancia.

—¿Qué hicisteis? —preguntó Clara, con los ojos muy abiertos.

—Traicioné a la Hermandad —dijo Calderón, sin rodeos—. Intenté detenerlos cuando entendí las consecuencias de nuestros experimentos. Pero fui demasiado tarde. El tiempo mismo me condenó a permanecer aquí, en este lugar, atrapado en un ciclo interminable. Cada cien años, regreso a este colegio para enfrentar los mismos errores, para intentar arreglar lo que no pude la primera vez.

Las advertencias de Calderón

Lucas, más confuso que nunca, dio un paso adelante.
—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? ¿Por qué estamos aquí?

Calderón fijó la vista en él, y por primera vez, su mirada mostraba algo parecido al miedo.
—Porque vosotros habéis encontrado lo que debía permanecer oculto. Al hacerlo, habéis alterado el equilibrio.

Ana apretó los puños.
—No podemos dejar esto así. Hay algo más, algo que no nos estás diciendo.

El profesor asintió lentamente.
—Hay más, pero no es algo que podáis manejar. Ya habéis cruzado una línea peligrosa, y ahora el tiempo buscará reajustarse. Eso significa que habrá consecuencias, para mí... y para vosotros.

Antes de que pudieran hacer más preguntas, Calderón se levantó y recogió el cuaderno de cuero de su escritorio. Caminó hacia la puerta, pero antes de salir, se detuvo y les dirigió una última mirada.

—A veces, para proteger el presente, es necesario aceptar los errores del pasado. Os lo advierto: no sigáis indagando. El tiempo siempre cobra lo que se le debe.

Cuando Calderón desapareció por el pasillo, los amigos se quedaron en silencio, procesando todo lo que acababan de escuchar. Las palabras del profesor eran claras, pero también dejaban muchas incógnitas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Lucas, finalmente.
—Seguimos adelante —dijo Ana, con determinación—. No podemos detenernos ahora. Esto ya no se trata solo de Calderón. Esto nos afecta a nosotros también.

Sabían que el tiempo estaba en su contra, pero también que el misterio que rodeaba al profesor, a la Hermandad y al colegio San Nicolás aún tenía mucho más por revelar.

Capítulo 7: La noche de Navidad



El colegio San Nicolás se transformó por completo para la noche de Navidad. Las luces navideñas colgaban de las ventanas, un árbol gigantesco decorado con estrellas doradas se alzaba en el centro del salón de actos, y los villancicos resonaban en cada rincón. Estudiantes, padres y profesores llenaban los pasillos, disfrutando de los puestos de comida, las actuaciones y los concursos organizados por los alumnos.

Sin embargo, para Ana, Lucas y Clara, la atmósfera festiva era solo una distracción. Todo lo que habían descubierto en los últimos días, desde las cartas hasta la confesión de Calderón, apuntaba a que esa noche sería crucial. Las pistas hablaban de un

“epicentro” y de un “ciclo” que debía completarse. Sabían que el profesor estaba involucrado, pero no tenían idea de qué estaba por ocurrir.

—Si esto es cierto, el tiempo se está moviendo hacia algo grande —dijo Ana mientras observaba el salón de actos desde una esquina.

—¿Y si estamos equivocados? —preguntó Clara, visiblemente nerviosa.

—¿Y si no? —replicó Ana con firmeza.

El árbol de Navidad

El mapa que habían encontrado en la sala secreta indicaba que el árbol de Navidad, colocado justo sobre el lugar donde estaba la sala oculta, era clave para el misterio. Decidieron acercarse sigilosamente mientras todos estaban distraídos con las actividades.

—El árbol está justo encima de la puerta de la sala secreta —dijo Lucas mientras inspeccionaba la base.

—¿Y si hay algo más que no vimos antes? —preguntó Ana, rodeando el árbol.

Clara notó algo extraño: una estrella metálica en la base del árbol, diferente del resto de las decoraciones. Al presionarla, un leve clic resonó, y parte de la base se deslizó hacia un lado, revelando un pequeño compartimento oculto. Dentro, encontraron un objeto que los dejó sin palabras: un reloj de bolsillo antiguo, con el mismo símbolo del anillo de Calderón, la estrella rodeada por ramas de laurel.

Ana lo tomó con cuidado. El reloj marcaba las 11:52 y tenía una inscripción grabada en la tapa:

“El ciclo termina cuando el tiempo perdona.”

—¿Qué significa esto? —preguntó Lucas, mirando a su alrededor como si esperara que alguien los estuviera observando.

—No lo sé, pero algo va a pasar a la medianoche. Estoy segura —respondió Ana.

El regreso de Calderón

Mientras inspeccionaban el reloj, una figura apareció entre las sombras del salón de actos. Era Calderón. Vestía su característico abrigo gris y caminaba lentamente hacia ellos, con las manos en los bolsillos y una expresión indescifrable.

—Sabía que llegaríais hasta aquí —dijo, deteniéndose frente al árbol.

Ana dio un paso al frente, sosteniendo el reloj.

—Sabemos que esto tiene que ver contigo. Sabemos que estás atrapado en un ciclo, y que este colegio es parte de ello.

Por primera vez, Calderón pareció cansado, como si cargar con la verdad durante tanto tiempo hubiera sido una carga insostenible.

—Es cierto. Todo lo que habéis descubierto lo confirma. Esta noche, el ciclo se completa... o se rompe.

Clara frunció el ceño, confusa.

—¿Qué significa eso? ¿Qué va a pasar a la medianoche?

Calderón se acercó al reloj que Ana sostenía y lo tomó con delicadeza.

—Hace cien años, cometí un error que condenó no solo a la Hermandad, sino a este lugar. Manipular el tiempo tiene un precio, y yo lo he estado pagando desde entonces. Cada cien años, el ciclo comienza de nuevo, y yo regreso aquí para enfrentar las consecuencias.

—¿Y esta vez? —preguntó Ana, aunque ya intuía la respuesta.

Calderón miró el reloj, que ahora marcaba las 11:58.

—Esta vez, no soy el único en el juego. Al descubrir la caja y el reloj, habéis alterado el equilibrio. Ahora, el tiempo decidirá si merece ser perdonado... o si todo debe reiniciarse.

La medianoche

Las luces del salón de actos comenzaron a parpadear justo cuando la aguja del reloj marcó las 11:59. Los murmullos de la multitud se convirtieron en silencio cuando una extraña ráfaga de viento recorrió la sala, apagando momentáneamente las luces navideñas.

Ana sintió un escalofrío mientras miraba a Calderón, que sostenía el reloj con ambas manos, inmóvil.

—Es ahora —susurró.

Cuando el reloj marcó las 12:00, el salón de actos se llenó de un zumbido ensordecedor. Las decoraciones navideñas parecieron desvanecerse por un instante, como si el tiempo mismo se estuviera deteniendo. Ana, Lucas y Clara sintieron como si fueran arrastrados hacia atrás, aunque no se movían físicamente.

En el centro del salón, frente al árbol, apareció una figura translúcida: un hombre vestido con túnicas antiguas, con un rostro severo que emanaba autoridad. Ana entendió al instante: era uno de los líderes de la Hermandad del Invierno.

—Sebastián Calderón —dijo la figura con una voz que resonaba en todo el salón—. El ciclo se repite, como siempre. ¿Estás listo para enfrentarte a tu destino?

Calderón dio un paso adelante.

—Esta vez no estoy solo. Ellos han cambiado las reglas.

La figura se volvió hacia Ana, Lucas y Clara, evaluándolos con una mirada penetrante.

—Vosotros habéis intervenido. El equilibrio está roto. Ahora el tiempo debe elegir.

De repente, los tres amigos sintieron como si el aire se detuviera. Una luz brillante llenó el salón, y sus mentes se llenaron de imágenes: momentos del pasado del colegio, de la Hermandad, y del propio Calderón. Vieron su traición, su arrepentimiento, y su condena.

El desenlace

Cuando la luz se desvaneció, el reloj de bolsillo cayó al suelo, completamente roto. Calderón respiró profundamente, como si un peso invisible hubiera sido levantado de sus hombros.

—El ciclo se ha roto —dijo la figura antes de desaparecer.

Las luces volvieron a encenderse, y el salón de actos recuperó su aspecto festivo. Sin embargo, Sebastián Calderón ya no estaba allí.

Ana recogió el reloj roto y lo guardó en su bolsillo. Sabía que algo había cambiado para siempre, aunque no entendía completamente qué.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Clara, aún temblando.

—No lo sé —respondió Ana, mirando el lugar donde Calderón había estado de pie momentos antes—. Pero creo que ahora está libre.

Esa noche, mientras la fiesta continuaba como si nada hubiera ocurrido, Ana, Lucas y Clara supieron que habían presenciado algo que nadie más podría entender: el fin de un ciclo que había atrapado a un hombre durante un siglo, y el inicio de un nuevo capítulo para el colegio San Nicolás.

Capítulo 8: El legado del tiempo



La luz brillante del reloj desapareció, y el silencio llenó la sala subterránea. Ana abrió los ojos, jadeando, mientras Lucas y Clara corrían hacia ella. El gigantesco reloj en el centro de la habitación estaba completamente detenido. Las agujas, que antes giraban en direcciones opuestas, ahora estaban quietas, como si el tiempo mismo hubiera decidido rendirse.

—Ana, ¿estás bien? —preguntó Lucas, ayudándola a levantarse.

Ana asintió, pero su mirada seguía fija en el reloj. Algo en ella sabía que no habían terminado.

—Lo hemos detenido, pero esto no ha acabado.

La aparición de Calderón

De repente, una figura emergió de las sombras de la sala. Era Sebastián Calderón. Su rostro mostraba una mezcla de alivio y cansancio, como si finalmente hubiera alcanzado algo que llevaba buscando durante décadas.

—Habéis hecho lo que yo no pude —dijo con voz grave, mirándolos con una mezcla de gratitud y tristeza—. Habéis detenido el ciclo.

Clara dio un paso hacia él, todavía incrédula.

—¿Entonces... esto es el final? ¿Todo se ha solucionado?

Calderón negó con la cabeza lentamente.

—El ciclo se ha detenido, pero las decisiones siempre tienen un precio.

—¿Qué precio? —preguntó Lucas, su voz cargada de preocupación.

Calderón extendió una mano hacia el reloj detenido.

—El tiempo no perdona fácilmente. Habéis liberado este lugar y a mí de la condena, pero el equilibrio necesita ser restaurado. El colegio San Nicolás ya no será el mismo, y vosotros... tampoco.

Ana frunció el ceño, su mente intentando descifrar las palabras del profesor.

—¿Qué quieres decir con que nosotros tampoco seremos los mismos?

—Habéis cruzado una línea que muy pocos cruzan. Habéis interactuado con el flujo del tiempo, alterado su curso, y eso os ha marcado. Puede que no lo notéis ahora, pero el tiempo siempre deja su huella.

La última elección

El reloj comenzó a emitir un leve brillo, como si intentara encenderse de nuevo. Calderón miró a los tres amigos con una expresión de urgencia.

—Este es vuestro momento para decidir. Podéis dejar este lugar y permitir que el tiempo encuentre su propio equilibrio, pero eso significa que sus consecuencias se extenderán a otros. O podéis elegir romperlo por completo, pero para hacerlo, necesitaréis sacrificar algo.

Ana dio un paso al frente, sintiendo el peso de la decisión.

—¿Qué significa romperlo?

—Significa que destruiréis el reloj y su conexión con el flujo del tiempo, pero ese poder no desaparecerá. Uno de vosotros tendrá que cargar con el legado, convirtiéndose en el nuevo guardián.

Lucas y Clara se miraron, sus rostros mostrando una mezcla de miedo y confusión.

—¿Y si no hacemos nada? —preguntó Clara.

Calderón suspiró.

—El tiempo buscará otra manera de restaurar el equilibrio. Puede que sea hoy, puede que sea dentro de cien años, pero cuando lo haga, las consecuencias serán impredecibles.

Ana cerró los ojos, sintiendo que el peso de la decisión recaía sobre ella. Después de todo lo que habían descubierto, no podía simplemente dejar que el peligro continuara.

—Lo haré —dijo finalmente, con voz firme.

—¿Qué? —exclamaron Lucas y Clara al unísono.

—No podemos dejar que esto continúe. Si destruir el reloj significa que alguien debe convertirse en guardián, entonces seré yo.

—Ana, no tienes que hacer esto —dijo Lucas, colocándose frente a ella—. Encontraremos otra forma.

—No la hay —interrumpió Calderón—. Esta es la única manera de asegurarse de que el ciclo no se repita.

Ana miró a sus amigos, con lágrimas en los ojos.

—Todo esto comenzó porque no pudimos ignorar el misterio. Si no hacemos esto, estaremos condenando a otros a vivir lo mismo que Calderón.

El sacrificio

Ana se acercó al reloj, mientras este comenzaba a brillar con mayor intensidad. Sus manos temblaban, pero su determinación era más fuerte que el miedo. Calderón colocó una mano en su hombro.

—Gracias. Tu decisión es más valiente de lo que puedes imaginar.

Ana asintió y colocó sus manos sobre las agujas del reloj. Una luz cegadora llenó la sala, y por un momento, todo quedó en silencio. Cuando la luz se desvaneció, Ana estaba de pie frente al reloj, pero este ya no brillaba. Sus agujas habían desaparecido, y el objeto parecía ser solo un trozo de metal inerte.

Calderón, al otro lado de la sala, comenzó a desvanecerse lentamente.

—Mi tiempo aquí ha terminado. El ciclo está roto. Ahora, el tiempo es tuyo, Ana.

Antes de desaparecer por completo, Calderón les dedicó una última sonrisa.

—Recordad que el tiempo siempre observa, pero ahora, también escucha.

El regreso al colegio

Cuando los tres amigos regresaron al patio trasero, la estatua de San Nicolás había vuelto a su lugar, y no quedaba rastro de la entrada subterránea. El reloj roto seguía en las manos de Ana, pero su rostro reflejaba algo distinto, como si cargara con un conocimiento que no podía compartir.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Lucas, rompiendo el silencio.

Ana miró el reloj y luego a sus amigos.

—Seguimos adelante. El tiempo me eligió, pero prometo que haré todo lo posible para proteger lo que importa.

Lucas y Clara asintieron, aunque sus rostros reflejaban preocupación. Sabían que su amiga ya no sería la misma, pero también sabían que su decisión había salvado algo mucho más grande de lo que podían entender.

Epílogo

Días después, la vida en el colegio San Nicolás volvió a la normalidad, o al menos eso parecía. La estatua de San Nicolás seguía en el patio, pero los tres amigos sabían que guardaba un secreto que nunca podrían compartir.

Ana, por su parte, comenzó a notar pequeños cambios: los relojes en su casa parecían detenerse momentáneamente cuando estaba cerca, y a veces veía fragmentos de eventos pasados como si estuvieran ocurriendo frente a ella. Sabía que el tiempo la había marcado, pero estaba dispuesta a cargar con ese peso.

Una noche, mientras miraba el reloj roto en su escritorio, Ana escuchó un leve susurro. No entendió las palabras, pero supo que era el tiempo, observándola, tal como Calderón había dicho. Cerró los ojos y prometió en silencio que cumpliría con su deber.

El ciclo había terminado, pero para Ana, la verdadera historia apenas comenzaba.

•